Incertidumbres. - La arqueología prehistórica es todavía reciente. Cuanto se sabe respecto de los hombres primitivos nos ha sido revelado por algunos restos que la casualidad conservó y ha permitido descubrir más tarde. Otras casualidades, una zanja que se abra, un monte que se derrumbe, un arroyo que se seque pueden dejar al descubierto nuevos objetos. ¿ Quién podría decir cuánto hay oculto todavía? Los objetos que tenemos son ya innumerables; pero en general arrojan poca luz sobre lo que desearíamos saber. ¿ Cuánto duró cada edad? ¿ Cuándo empezaron y cuándo concluyeron en las distintas partes del mundo? Á qué pueblos se deben los dibujos de las cavernas, las ciudades lacustres, los túmulos y los dólmenes? Cuando un país pasa de la piedra pulimentada al bronce ¿ se debe esto á que el mismo pueblo cambia de instrumentos ó es más bien que viene á ocupar su puesto otro pueblo nuevo? - En todos estos puntos hay dudas, pues en ocasiones se ha creído saber á qué atenerse y pronto ha dado un nuevo descubrimiento rotundo mentís á los arqueólogos. Como ejemplo de este diremos que los dólmenes, se atribuían á los celtas y que más tarde se encontraron monumentos de esa clase en puntos por donde aquel pueblo no pudo pasar.

Cuestiones resueltas. — Sin embargo, hay tres puntos que parecen fuera de duda:

1.º El hombre es muy antiguo en la tierra, pues ha conocido el mammut y el oso de las cavernas; su existencia está probada, por lo menos desde el período cuaternario;

2.º Nuestra humanidad salió del estado salvaje para ir elevándose á la vida civilizada; poco á poco perfeccionó sus utensilios y sus adornos desde la miserable

hacha de pedernal y el collar de dientes de oso, hasta las espadas de hierro y las alhajas de oro. Los instrumentos más bastos son efectivamente los más antiguos;

y 3.º El hombre realizó progresos cada vez más rápidos. Las nuevas edades fueron siempre más cortas que las precedentes.

11. - LA GALIA.

RAMBAUD, Historia de la civilización francesa. — Bordier y Charton, Historia de Francia. — Fustel de Coulanges, Historia de las instituciones políticas de la antigua Francia.

LA GALIA INDEPENDIENTE.

Pueblos de la Galia independiente. — La Francia actual es lo que en la antigüedad llamaban Galia y que entonces era todo el territorio comprendido entre los Pirineos, los Alpes, el Rhin y el mar. Esa extensa región no formaba un Estado, sino que estaba dividido por lo menos en un centenar de pequeños pueblos, con su gobierno y ejército particulares y que vivían en constantes y mutuas guerras.

Pertenecía á tres razas diferentes:

1.º Al sur, entre los Pirineos y el Garona, estaban los iberos, de raza idéntica á los habitantes de España. Hablaban un idioma que no se parece á ninguno de los de Europa y que usan todavía los vascos:

2.º En el Centro, en el Garona y el Marna, vivían los celtas, de la misma raza que los pobladores de Irlanda; su idioma era semejante al que todavía emplean los campesinos irlandeses, del país de Gales y de la Bretaña francesa;

y 3.º Al norte, entre el Marna y el Rhin, residían los belgas, que unos eran celtas y otros germanos, es decir, de la misma raza que los habitantes de Alemania.

De modo que en Galia no había unidad de raza ni de lengua.

Religión de los galos. — Estos pueblos tenían religión parecida á la de los griegos y romanos, y adoraban varios dioses representados por ídolos. No se sabe el nombre de todas esas deidades, pero sí de las principales.

Había: un dios sol (Belén), una diosa luna (Belisana); — una diosa de la elocuencia, que representaban con cadenas de oro que le salían de la boca como para sujetar á su auditorio; — un dios encargado de llevar á los infiernos las almas de los muertos (Teutates); — un dios del trueno, y otro que se llamaba el Pavoroso y que vivía en los sombríos bosques.

Se les veneraba tributándoles ofrendas y en ocasiones ofreciéndoles víctimas humanas; éstas eran criminales condenados á muerte ó prisioneros de guerra.

En la Galia existía una clase entera de hombres que se consagraban á la religión, los druidas; eran sobre todo jóvenes de familias nobles y generalmente permanecían célibes. — Los druidas tenían doctrinas religiosas distintas de las del pueblo; no se sabe cuáles eran, pero sí que creían en la inmortalidad del alma. Usaban un largo vestido blanco y sandalias, llevando en la mano una varita, blanca también, que les servía en sus operaciones mágicas, pues eran al mismo tiempo sacerdotes, médicos, magos y jueces. Atribuían á ciertas plantas virtudes divinas, sobre todo al muérdago del roble, planta « que cura todos los males; lo cogían solemnemente con hoces de oro el día sexto del último mes del año.

Costumbres y usos de los galos. — Los pueblos de

la Galia vivían aún en la barbarie durante el siglo I de la era cristiana, llevando poco más ó menos la vida de los griegos en la época de Homero ó de los romanos en su período primitivo. El país estaba cubierto á la sazón de inmensos bosques habitados por lobos, ciervos, aurochs y osos, y de pantanos formados por los ríos. Los únicos caminos existentes eran estrechos senderos. Las habitaciones se reducían á chozas de madera ó de tierra amasada, cubiertas de paja, sin ventanas ni chimenea, y con un agujero en el techo para que saliese al exterior el humo. Ni siquiera los galos más ricos tenian muebles ni camas; todo el mundo dormía en haces de paja ó pellejos y comía con las manos. No había casi poblaciones, en el verdadero sentido de la palabra, sino únicamente recintos de piedra donde se ponían en seguridad los habitantes durante las guerras y en que se celebraban los mercados y las asambleas de guerreros y de nobles.

Los habitantes del país no eran iguales: los que cultivaban la tierra constituían una clase inferior; los guerreros, que combatían á caballo, formaban la nobleza y ellos eran los que gobernaban. Ciertos pueblos tenían un jefe supremo, un rey (la palabra gala rix, que termina el nombre de algunos de esos jefes, Ambiorix, Boiorix, Vercingetorix, etc., equivale á la expresión latina rex).

Los guerreros usaban como armas una lanza de punta de bronce, una pesada espada de hierro, un casco y un escudo de madera (1); no llevaban coraza.

Sin embargo, los galos estaban más adelantados que

⁽¹⁾ En el museo de Saint-Germain existen armas y hasta un carro de guerra hallados en sepulturas galas. En el Museo de Artilleria de París, que está en los Inválidos, hay reproducciones de guerreros galos.

los griegos y que los romanos en un punto: su traje era al mismo tiempo más cómodo y más á propósito para proteger el cuerpo contra el frío. En vez de las largas y molestas túnicas que dejaban desnudas las piernas, y de sandalias que descubrían los pies, los galos usaban una especie de pantalón (las bragas), una blusa, una especie de manto (la saya) análoga al plaid de los montañeses de Escocia, y unos zapatos denominados gallicæ ó galesas, de donde procede la palabra actual galoche (galocha ó chanclo). Los romanos adoptaron las bragas.

LA GALIA ROMANA.

Cómo llegó la Galia á ser romana. — Los romanos empezaron por establecerse en la parte meridional de la Galia, más cercana á Italia y cuyo clima era parecido al de su país. Esta región, comprendida entre los Pirineos y los Alpes, tomó el nombre de provincia, y de ahí que todavía se llame Provenza á la parte oriental, situada al este del Ródano: en poco tiempo adquirió fisonomía italiana. Cuando César conquistó lo demás de la Galia, los vencidos se apresuraron á abandonar sus costumbres y á adoptar las de los vencedores; así fué que abandonaron los campos, yendo á reunirse en ciudades donde construyeron templos, teatros, termas y casas de mármol con el suelo cubierto de mosaicos, según haccían los romanos ricos.

Los habitantes siguieron el ejemplo de los nobles, y hasta renunciaron poco á poco á su lengua, acabando por hablar latín. De este idioma, alterado y modificado en boca del pueblo, salieron las lenguas romances, el francés, el italiano, el español, etc. En el francés no se han conservado sino algunas palabras galas (bec, pico,

coq, gallo, alouette, alondra, marne, marga, dune, duna, lieue, legua).

Organización de la Galia. — Los antiguos grupos de habitantes no desaparecieron con la conquista, sino que cada cual formó una ciudad que tomó su nombre (por ejemplo: Soissons, Treves, Limoges, París); posteriormente se formaron otras poblaciones que recibieron análogo título.

Cierto número de ciudades reunidas constituían una provincia, regida por un gobernador, que representaba al Emperador y que ejercía por consiguiente autoridad absoluta. Ese funcionario juzgaba, resolvía en todo y comunicaba á las ciudades las órdenes imperiales. En las provincias fronterizas, donde había un cuerpo de tropas permanentes, el gobernador hacía de general.

Los habitantes de la Galia no tenían ningún deseo de separarse del Imperio; al contrario, poco á poco llegaron á considerarse como romanos, y obedecían con gusto al soberano y á sus agentes. Así es que no se necesitó emplear la fuerza para conservarlos en la obediencia. Donde únicamente había ejércitos era en la frontera, para defender á los galos contra los bárbaros de Germania. En ese extensísimo territorio, bastante mayor que la Francia moderna, no había más guarniciones que las escoltas de los gobernadores, menos de tres mil hombres en junto.

El régimen municipal en la Galia. — Los pequeños pueblos de la Galia continuaban administrándose á sí mismos. El emperador tenía derecho á intervenir en sus asuntos interiores; pero generalmente no lo hacía; lo único que les mandaba era que no se hicieran la guerra, que pagaran regularmente sus tributos y que

acataran los fallos del gobernador. En todas las provincias había varios gobiernos subalternos, que eran denominados ciudades, como el Estado romano en otra época, y á veces municipios (de aquí se deriva la expresión régimen municipal). Una ciudad en la época del Imperio era análoga á la romana, y tenía como ésta su asamblea del pueblo, sus magistrados elegidos por un año y divididos en colegios de dos miembros y su senado ó curia, de que formaban parte los grandes propietarios, ciudadanos ricos y de familia ilustre. Pero allí, como en Roma, la asamblea del pueblo es una simple apariencia; el gobierno reside en el senado, es decir, en la nobleza. El centro de estos gobiernos es siempre una población, una Roma en miniatura, con sus templos, sus arcos de triunfo, sus termas, sus fuentes, sus teatros y sus circos para los combates. La vida es la misma que en Roma: distribuciones de trigo y de metálico; banquetes públicos, grandes ceremonias religiosas, espectáculos sangrientos. Lo que hay es que en la capital se hace esto con el dinero de las provincias y que en las ciudades, gobierno y fiestas son costeados por la nobleza.

El impuesto cobrado por cuenta del emperador va enteramente á manos de éste. En consecuencia, es necesario que los ricos hagan celebrar los juegos, calentar las termas, empedrar las calles, construir los puentes. los acueductos y los circos á sus expensas. Así lo practicaron por espacio de dos siglos, con verdadera largueza, como lo prueban los monumentos esparcidos por todo el territorio del Imperio y miles de inscripciones.

Entre los Pirineos y el Rhin habrá próximamente ciento diez ciudades, que no eran simples municipios, según podría hacerlo creer el nombre de régimen municipal. La mayor parte de ellas tenían extensión análoga al de un departamento ó diócesis francesa actual. Entre el Loira y el Soma no había más cabeceras de ciudades que Sens, Auxerre, Orleans, París, Novon, Senlis, Beauvais, Laon, Soissons y Amiens; en la Provenza, que llevaba más tiempo sometida á Roma, era mayor el número de ciudades: sólo en los dos departamentos actuales de Vaucluse y del Drôme, estaban Aviñón, Carpentras, Orange, Vaison, Saint-Pons, Die, Valence. En esa región es donde se conservan los más hermosos monumentos: en Nimes el circo, el templo llamado cuadrado y el acueducto apellidado puente del Gard, en Arlés el circo, en Orange el teatro y el arco de triunfo. Pero todas las ciudades poseían monumentos del mismo género. En París, que era una de las más pequeñas, se han descubierto las termas, cerca del hotel de Cluny y un circo en la calle Monge, y no hay museo donde no se conserven algunos restos de templos, de acueductos, de mosaicos ó de tumbas romanas.

III. - LA INVASIÓN.

Geffroy, Roma y los bárbaros. — Fustel de Coulanges, Estudios sobre las instituciones de la Francia primitiva. — Bordier y Charton, Historia de Francia. — Ozanam, Estudios sobre los francos. — Montalembert, Los monjes de Occidente. — Taine, Historia de la literatura inglesa.

CAUSAS DE LA INVASIÓN.

Los germanos. — Allende el Rhin y el Danubio, en el país que es hoy Alemania, vivían pueblos aun bárbaros, que los romanos llamaron germanos, y que eran, como los indostánicos, los persas, los griegos y los itálicos, gentes de raza arya, procedentes de Asia. Habían sido pastores y se convirtieron en cultivadores, conservando sus instintos guerreros. Estaban divididos en unas